

## LOS AÑOS DE LA MADUREZ - VALDOCCO 1850-1888



### **Don Bosco consolida el oratorio**

Esta etapa abarca los últimos 38 años de vida de DB: el período más fecundo. Son los años de la madurez, densos de acontecimientos, iniciativas y frutos.

El joven sacerdote reconocido en Turín por sus actividades en favor de los jóvenes pobres y abandonados y por su eficaz y personal método educativo hecho de “religión, razón y amabilidad” llega a ser progresivamente un personaje que llama la atención de un círculo cada vez grande de personas. Las preocupaciones educativas que lo animan, los objetivos que persigue, los valores religiosos y civiles que propone asumen dimensiones universales gracias a su actitud de fondo que tiene carácter religioso y, conjuntamente, es fruto de inteligencia y sensibilidad socio-cultural.

La atención y la total disponibilidad a la voluntad de Dios y a las inspiraciones del Espíritu Santo, con la conciencia de la misión pastoral recibida, le dan flexibilidad y capacidad de discernimiento de los acontecimientos históricos. Puede así conjugar la eficaz acción religiosa y formativa con una afortunada fórmula pedagógica y con opciones operativas lúcidas y exitosas.

Así el Oratorio inicial se desarrolla en formas y actividades cada vez más articuladas y de respuestas a las esperanzas y a las nuevas necesidades juveniles y sociales. A la asistencia religiosa y la catequesis se agregan las escuelas vespertinas y festivas de inicial alfabetización; una residencia para los más abandonados impostada sobre un modelo de convivencia familiar; los contratos de formación profesional primero y, los talleres artesanales internos después; el pensionado para los estudiantes de las escuelas gimnasiales con el objetivo de favorecer a los hijos del pueblo dotados pero imposibilitados de frecuentar las escuelas públicas, etc...: toda una fuerza de crecimiento determinada por la fe, el sentido civil, la fantasía y el afecto por los jóvenes.

En una fórmula feliz sintetiza el objetivo de cada esfuerzo: formar buenos cristianos y honestos, útiles ciudadanos. Don Bosco se inspira a nivel operativo en un modelo de sociedad y de hombre impregnado de valores cristianos y de sólidas virtudes civiles, pero también contemporáneamente abierto a los hechos históricos: un conjunto armónico de antiguo y de nuevo. O como dice él: “el hombre antiguo renovado según las necesidades de los tiempos”.

Mientras está atento a las exigencias nacidas de los jóvenes (afecto, amistad, alegría, vida activa, comunidad, asociacionismo, participación, motivaciones, fuertes ideales, crecimiento profesional y cultural...) no deja escapar las oportunidades ofrecidas por los eventos sociales y políticos:

- ✓ Las leyes de supresión de órdenes y corporaciones religiosas lo inclinan hacia un modelo más adaptado de sociedad y de congregación religiosa.
- ✓ Las leyes de reforma de la escuela lo estimulan a buscar soluciones que respondan a sus proyectos educativos y a la vez se inserten en la concepción liberal de la sociedad.
- ✓ El crecimiento y la articulación progresiva del cooperativismo en sus varias formas le ofrecen elementos para la creación de un vasto movimiento de cooperadores al servicio de la iglesia y de la sociedad civil.
- ✓ La difusión del interés misionero por una parte, y el masivo flujo migratorio hacia el nuevo mundo por otra, le inspiran un proyecto misionero que es a la vez evangelización, civilización, obra educativa.
- ✓ La creciente sed de cultura del pueblo lo impulsan a inventar y entregar formas de comunicación extremadamente ágiles y económica.
- ✓ La falta de entendimiento y tensiones entre la autoridad estatal y la jerarquía eclesiástica lo convierten en mediador de la necesidad de una conciliación.
- ✓ La urgencia de obtener fondos para construir sus obras lo obliga a grandes viajes, oportunidad para hacer conocer su método educativo.

Sus obras adquieren dinamismo y adaptabilidad y también los destinatarios privilegiados de su acción “los jóvenes pobres y abandonados, en peligro”, van articulándose en categorías más complejas:

A los emigrantes estacionales de los años 40/50.

- A los hijos de los obreros de los sectores populares.
- A los jóvenes estudiantes que formarán la clase media del nuevo Estado italiano y el nuevo clero,
- hasta los emigrantes en América y los “salvajes” de la Tierra del Fuego inmersos en las tinieblas del paganismo.

Dificultades y sufrimientos, fe y donación incondicional, disponibilidad al servicio de la Iglesia y del Papa hacen que en los últimos años de vida su figura alcance vértices y dimensiones imponentes: llegar a ser un punto de referencia para los católicos de su época, pero al mismo tiempo se mantiene como sacerdote de los jóvenes; lo tienen como un profeta de los tiempos nuevos, una maravilla del siglo XIX, pero su mensaje permanece muy simple:

- Darse a Dios totalmente, desde la juventud.
- Actuar incesantemente y de todos modos para cumplir el bien y evitar el mal.
- Vivir la caridad, tratar con amabilidad al prójimo.
- Los sacramentos de la Eucaristía y de la Penitencia son el secreto de la santidad.
- Venerar a la Virgen María como modelo y ayuda en la vida cristiana.
- Amar y servir a la Iglesia y al Papa.
- “Si hacemos el bien, encontraremos el bien en ésta vida y en la otra”.
- “Un pedazo de paraíso lo arregla todo!”

## La pasión pastoral

El Oratorio es el resultado del corazón pastoral de Don Bosco. Aquel corazón formado y adiestrado bajo la dirección espiritual de Don Cafasso, para conformarse con Cristo pastor, obediente y entregado al Padre, activo, celoso, y sacrificado: “Tomemos en nuestras manos este crucifijo,- sugería a los jóvenes sacerdotes Don Cafasso – y después, mirándolo, digámonos a nosotros mismos: Si yo no me hago una sola cosa con este Señor, si mis pensamientos, mis afectos, y mis obras, no son como las de este divino Redentor, tengo que desengañarme: tendré el nombre de sacerdote, pero separado del principio que me debe animar... copia deforme, degenerado de mi tipo y de mi modelo”. Y era el Jesús de la vida pública el que Don Cafasso ofrecía como modelo, por las características apostólicas de las que es maestro: “Lo que quiere decir que el hombre apostólico, debe ser hombre de oración, toda bondad y que en todas las acciones no tenga otro punto de mira que el honor y la gloria de Dios y la salvación de las almas”. Este espíritu confiere al trabajo del pastor “un brío, un alma, con modos y maneras inconfundibles: “Dame almas, Señor, digamos con aquel apóstol de caridad, San Francisco de Sales, dame almas para salvar – repetía Don Cafasso a sus alumnos -. Ánimo, pues, queridos, preocupémonos, cada día, por ayudar, por salvar a algún alma, por impedir algún pecado”.

En esta tensión espiritual, traducida en actitudes y acción práctica, encontramos el principio animador del Oratorio. De ella hizo el programa de su vida: “Da mihi animas, caetera tolle”.

Es justamente lo que Don Miguel Rúa, que vivió junto a Don Bosco desde el verano de 1845, nos recuerda con las palabras dirigidas a un

salesiano enviado a fundar un oratorio en un barrio difícil: “Allí, no hay nada, ni siquiera el terreno y el local para reunir a los jóvenes; pero el Oratorio festivo está en ti: si eres verdadero hijo de Don Bosco, encontrarás donde plantarlo y hacerlo cuajar en árbol magnífico y cargado de buen fruto”.

Existe una expresión muy querida para la generación sacerdotal a la que pertenecía Don Bosco, que inspiraba a los grandes y santos pastores de la Reforma católica (Felipe Neri, Carlos Borromeo, Francisco Javier y Francisco de Sales): “celo por la salvación de las almas”. Celo no significa sólo compromiso, darse al trabajo: expresa una orientación totalizante, el ansia, y casi el tormento, de salvar a todos, que organiza y concentra las energías de la persona, generando un movimiento, un ímpetu vital, una voluntad de contacto con todos, a toda costa, con todos los medios y mañas, una búsqueda incansable y llena de cariño de los últimos y de los más abandonados pastoralmente, una creatividad inagotable y fecunda, con flexibilidad psicológica, espiritual y práctica (operativa). San José Cafasso prefería la expresión paulina: “Caritas Christi urget nos!”.

El “da mihi animas caetera tolle” vivido por el corazón sacerdotal de Don Bosco es, ante todo, una espiritualidad. En realidad, lo que en él se expresa, puede sólo surgir de la superación de uno mismo en la “santa indiferencia” y de la conformación con Cristo, obediente hasta la cruz. Un ímpetu tal del corazón y de la vida, que es, al mismo tiempo, explicitud del suscipe ignaciano y del amor de benevolencia salesiano en el “éxtasis de la vida y de las obras”, se nutre y se refuerza con un largo y permanente trabajo de ascesis y de conversión hacia un señorío de Dios, más total siempre, sobre la

propia vida y un abrazarse cada día con la cruz concreta de lo diario, y llevarla pacientemente tras las huellas de Cristo.

La segunda parte del lema de Don Bosco, que es también nuestro: “Caetera tolle”. Demasiado fácilmente y con gusto nos detenemos en la primera parte, en el “Da mihi animas”. Los dos momentos están estrechamente unidos entre sí, como hemos visto, tanto a propósito del modelo sacerdotal propuesto por Don Cafasso, como en el itinerario espiritual de nuestro fundador. Es más, sin un don cotidiano de nosotros mismos a Dios – que se verifica en el desprendimiento de nosotros mismos, de las personas y de las cosas, para poder decir nuestro “Fiat voluntas tua”, metiéndonos en la contingencia de la vida cotidiana, en nuestra humanidad real, en nuestra situación comunitaria, eclesial y civil, en lo vivo de las múltiples relaciones interpersonales -, sin este don, no sólo no damos ningún paso en el camino de la santidad (al que hemos sido llamados y sobre el que “debemos” caminar), sino que hacemos estéril incluso nuestro trabajo pastoral y educativo.

La referencia a Dios se había convertido para Don Bosco (conceptual y afectivamente) en el centro unificador de todas las componentes de su personalidad, la razón de ser ideal y operativa. Todo lo demás adquiriría significado e importancia en cuanto referido a Él, situado en su amoroso plan salvífico, proyectado en el horizonte de su “santísima voluntad”.

¿Cómo se verificó en Don Bosco el éxtasis de la vida y de la acción? Los procesos de beatificación y canonización lo han revelado con una convergencia absoluta de todos los testigos. Preocupado por vivir en la acción concreta la invocación del Padre nuestro, “Hágase tu

voluntad”, él estaba lanzado por el amor en una dimensión espiritual de abertura y de búsqueda (discernimiento) continua de la voluntad de Dios; así que vivía una condición interior y exterior de ductilidad y de agilidad en sus opciones, relativizando todo al servicio de Dios y a la salvación de las almas.

Oraba intensamente y se aconsejaba, para discernir, para no engañarse; luego adhería cordial y decididamente, yendo adelante hasta “la temeridad”:

“Aseguraos, nos decía, en lo que os proponéis hacer, que sea la voluntad de Dios; y luego id adelante sin deteneros” (Cerruti).

### **Bibliografía:**

- “Iniciación al estudio de Don Bosco”  
Capítulo “Los primeros treinta años de la vida de Don Bosco”  
P. Fernando Peraza Leal sdb  
Centro Salesiano Regional – Quito – Ecuador
  
- “Qui è vissuto Don Bosco”  
Itinerari storico-geografici e spirituali  
Aldo Giraudò e Giuseppe Biancardi  
Elledici - Torino
  
- Ejercicios Espirituales itinerantes  
Aldo Giraudò